

LE HEMOS ROBADO LA VIRGEN A LOS POBRES

Mireya Escalante

Hay un viejo refrán que dice: "Cuando un pobre saca su cobija a solear, le llueve". Lamentablemente se cumple muchas veces; parece que todo le sale al revés y todos estamos en su contra; por eso el título de este artículo... Sí, le hemos robado la Virgen a los pobres, le hemos quitado a María y en su lugar hemos puesto a una reina con joyas y oropeles, vestida con bellos trajes y una cara celestial, tan pura... y tan distante.

Desde que tuve la oportunidad de conocer a la Sra. Benita en la Loma, siempre me la imaginé haciendo de María en una representación o en una Paradura; pero rechazaba este pensamiento, pues que casi me parecía una herejía, igual que estoy segura le hubiera parecido a ella si se lo hubiera propuesto.

Pero por paradójico que esto parezca, en la Sra. Benita, en Ana María, en Coromoto o en la Sra. Josefita me he reencontrado con María.

La María que conocía era ésa, la de la representación, la de la estampa; la veía muy distante y, siendo sincera, no podía tener devoción por ella, no podía encontrarle el alma a esa bella imagen de piedra que había en mi Colegio.

La Sra. Benita no se parece a las estatuas que he visto y que representan a la Virgen, pero tampoco creo que esas imágenes se parezcan a María la Madre de Jesús, aquella mujer de Nazaret.

Empecé a comprenderla mejor cuando fui yo también madre; pero fue más tarde, cuando, a través de la Sra. Benita y de tantas otras mujeres del pueblo, pude llegar a descifrar esas frases del Magnificat; por ellas pude entender el verdadero significado de lo que María nos dice:

"Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador, porque se ha fijado en su humilde esclava. (Lc. 1, 47-48)

A pesar de su pobreza, a pesar de su condición de mujer y de una mujer que tendría un niño en circunstancias extrañas, a pesar de ser verdaderamente una esclava en esa sociedad tan machista, como la de ahora, tiene la valentía, el coraje de proclamar la grandeza del Señor, por la dicha de ese hijo que va a nacer y todavía alegre su espíritu agobiado de problemas de toda índole.

Y este encuentro en las Benitas, en las Marías merideñas, mujeres que son verdaderas

esclavas, esclavas del poder económico, esclavas del poder masculino, despreciadas por ser pobres, que se sacrifican y velan por familias numerosas, como la Sra. Benita, que trabaja para alimentar veinte (20) bocas entre grandes y pequeños, sintiéndose y siendo las responsables de hacerlo.

Y estas mujeres, nuestras mujeres de pueblo, son capaces también, como era María de Nazaret, de alegrar su espíritu en el Dios Liberador, a pesar de todas las circunstancias adversas que las rodean.

¿Cómo entender que esa reina de estampitas en que hemos convertido a María haya dicho: *"El Poderoso ha hecho tanto por mí: El es Santo. Y su misericordia llega a sus fieles generación tras generación"* (Lc. 1,49-50)?

Lo entiendo mucho mejor cuando siento y oigo palabras semejantes de las Marías de hoy, de las Marías de barrio; que sienten la misericordia del Señor, que le agradecen en los detalles simples de la vida, en el dormir y el comer, en el poder amanecer al día siguiente.

Nosotros no, nosotros esperamos milagros portentosos; ahí creemos que reside el poder de Dios, no donde realmente se manifiesta en el perdón y en su misericordia.

María, claro que sí lo comprendía bien, como hoy lo hace la Benita del barrio, porque al igual que ésta, su vida era un permanente darse a los demás; darse hasta agotarse, hasta hacerse vieja a los treinta (30) años y anciana a los cincuenta (50), todo por amor a los demás.

Por eso la verdadera María, la que tal vez tenía una cara tosca y manos callosas por el trabajo, aunque con esa belleza que sólo puede tener alguien de alma buena y no con la belleza que da el artificio de joyas o vestidos de oro y plata, ésa sí que tenía fe en ese Dios Liberador que con:

"Su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los soberbios, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despidió de vacío" (Lc. 1,51-55).

Una María rica no podía decir estas cosas; tenía que ser una María sencilla y pobre como las Benitas de hoy, que creen y confían en ese Dios capaz de colmarlas de bienes y de despedir a los ricos vacíos, como a ellas, cuando después de dos o tres horas de cola les dice alguien que "se acabó la leche", "el camión vendrá después". Ellas saben que se acabó la leche

porque hay unos pocos que compran cajas porque les dieron el "pitazo" temprano, mientras Benita, si puede, comprará un pote...

Por eso es que estas Marías, a pesar de su trabajo, a pesar de su cansancio, también dicen: *"Aquí está la esclava del Señor"* (Lc 1,38a), cuando dicen sí para la reunión en el barrio, cuando dicen sí para ir en comisión a luchar porque no cobren en el Hospital, cuando dicen sí para pasar largas horas en INAVI soportando humillaciones para poder conseguirle esa casita que tanto necesita "la abuelita" de la Vega, cuando dicen sí, para alimentar a veinte, aunque ellos realmente sean quince, porque los cinco restantes, aunque no son de la familia necesitan más que ellos; que dicen un sí incondicional a la voluntad de Dios, que es amar al hermano; como María, la María de Nazaret que sin pensar en ella va a cuidar y a servir a su prima Isabel, en esos primeros meses de embarazo que son los más molestos.

En la Sra. Benita, en Ana María, en Coromoto, en la Sra. Josefita descubrí a María de Nazaret.

No tenemos ningún derecho a ocultar a esas Marías de hoy, a los hombres de un pueblo que luchan por subsistir, a unos niños que no pueden tener esperanzas, la verdadera María; no podemos robarle la Virgen a los pobres, que es lo que hemos hecho hasta ahora. A ella, que era tan humilde, sencilla y valiente, no le gustará verse vestida con sus trajes y cubierta con coronas de piedras preciosas.

Perdónanos María, por lo que te hemos hecho, perdónanos que te hemos arrancado de tu pueblo y te hemos sentado en el trono de los poderosos, de aquellos que tú querías derribar como lo cantaste valientemente en el Magnificat.

Más bien queremos pedirte, con Pedro Calsaldáiga:

"Enséñanos a leer la Historia - Leyendo a Dios, leyendo al hombre como lo intuía tu fe, bajo el bochorno del Israel oprimido ante los alardes del Imperio Romano.

Enséñanos a leer la vida leyendo a Dios, leyéndonos como lo iban descubriendo tus ojos, tus manos, tus dolores, tu esperanza.

Enséñanos aquel Jesús verdadero, carne de tu vientre, raza de tu pueblo".